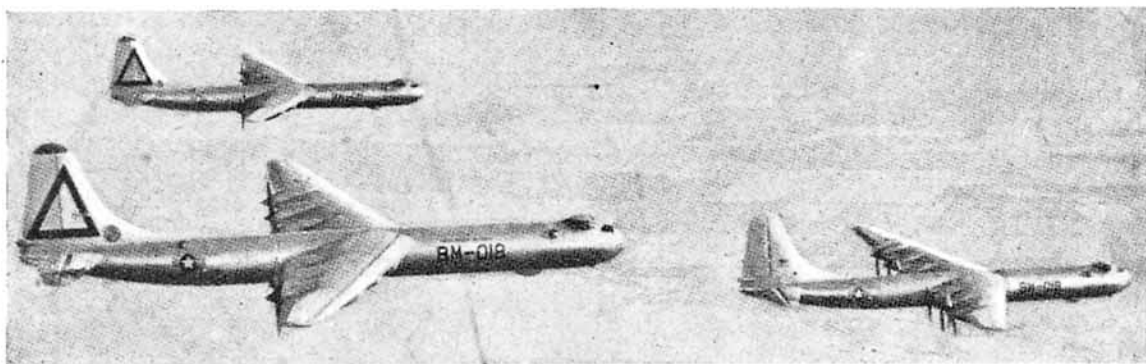




El Arma Aérea y los principios básicos de la guerra

Por el Coronel FREDERICK E. CALHOUN

(De *Air University Quarterly Review*.)

Desde hace, por lo menos, quinientos años antes de J. C., los soldados han analizado sus campañas militares y han escrito sobre los factores que consideraron importantes para la victoriosa continuación de la guerra. Durante siglos enteros, muchos de esos factores han sobrevivido a los criterios y apreciaciones posteriores, llegando a ser considerados hoy como principios inmutables de la guerra.

Mientras que no todos los escritores especializados en temas bélicos están de acuerdo sobre el número exacto y denominación de estos principios, es evidente, no obstante, una notable semejanza y continuidad de criterio. El tratado más antiguo que se conoce sobre la guerra—"El arte de la guerra", escrito por el chino Sun-Tsu, aproximadamente unos quinientos años antes de Jesucristo—contiene una completa demostración de que los principios de la guerra se conocían ya en aquellos tiempos. El principio básico del "objetivo" queda claramente identificado en el siguiente párrafo: "En la guerra es preciso que vuestro objetivo sea la victoria y no una campaña prolongada." La importancia que Sun-Tsu concedía

al factor "masa" queda evidenciada con las siguientes palabras: "Podemos formar un solo cuerpo único y completo, mientras que el enemigo puede ser obligado a subdividirse en fragmentos. Con esto lograremos un ataque eficaz contra las partes separadas de un todo, lo que significa que seremos muchos enemigos en contra de unos pocos." Los principios fundamentales de la "ofensiva", el "movimiento" y la "sorpresa", son fácilmente identificables en otros pasajes de este famoso clásico de la literatura militar.

Cuando el General Nathan B. Forrest pronunció su poco gramatical pero inmortal fórmula para el éxito con la frase de "Git thar fustest with the mostest men", demostró una profunda y certera visión interna de la importancia esencial del movimiento y de la concentración.

Aunque los escritos de Napoleón, Clausewitz y Jomini ejercieron probablemente una influencia predominante, "existen pruebas abundantes de que un escritor militar inglés, el Comandante General J. F. C. Fuller, es el padre y progenitor de la versión,

en todo caso fué quien les dió la forma articulada y una amplia publicidad" (1).

La versión americana de los principios de la guerra apareció por primera vez en los Reglamentos de Instrucción del Departamento de Guerra el 10 de mayo de 1921. Fueron estudiados en la Sección III del texto sobre la guerra aérea, de la Escuela Táctica del Arma Aérea (1 de marzo de 1936), y nuevamente en la AAF, en su Memorandum 200, de 7 de octubre de 1943, siendo hoy día objeto de enseñanza en las escuelas de la Universidad del Aire. Tales principios son:

- El principio del objetivo.
- El principio de la ofensiva.
- El principio de la masa.
- El principio de la economía de fuerzas.
- El principio del movimiento.
- El principio de la sorpresa.
- El principio de la seguridad.
- El principio de la simplificación.
- El principio de la cooperación.

Se ha dicho repetidamente que en estos nueve principios se encierra todo el arte de la guerra, que tienen un carácter básico e inmutable y que no están sometidos a excepciones. "Estos principios han sido deducidos del estudio de la historia militar, cuyos archivos y datos recopilados demuestran que los grandes jefes militares se han orientado siempre por ellos y que el éxito o el fracaso obtenido en las operaciones militares se ha debido siempre al grado y forma de aplicarlos" (2).

Tales afirmaciones son ciertamente difíciles de refutar, pero debe recordarse que los principios clásicos de la guerra nacieron del estudio de unas operaciones de superficie, y fueron escritos por soldados influidos exclusivamente por la guerra sobre tierra firme. Tales principios nacen de unos períodos históricos, en que el avión era tan sólo una utopía en la imaginación del hombre. Hoy exigen un análisis detenido a la luz de la guerra moderna; estamos en una época en la que el Arma Aérea ha alcan-

zado, por lo menos, "una fase de adolescencia desarrollada".

Antes de poder adentrarnos en tal análisis, es necesario considerar, en primer lugar, la influencia de la Aviación en la guerra, ya que solamente por una apreciación de la naturaleza y de la finalidad de la propia guerra podremos valorar adecuadamente cualquier clase de principios sobre la manera de hacerla.

La "Enciclopedia Británica" define la guerra como "... el uso de la fuerza organizada entre dos grupos humanos que persiguen una finalidad o una política opuestas, y en la que cada grupo pretende imponer su criterio al adversario". Hay otras definiciones; pero ésta es aceptable para los fines de este artículo, ya que en ella se eliminan varios factores del esfuerzo político que a veces se clasifican como guerra. Es aceptable también porque no implica necesariamente el empleo de la fuerza organizada contra la fuerza organizada, ya que es en este aspecto donde la Fuerza Aérea ha ejercido su predominante influencia.

Indudablemente, la capacidad de que goza el Arma del Aire para herir en sus propias raíces la potencia de una nación enemiga, sin que sea forzosamente necesario llegar al cuerpo a cuerpo con las fuerzas armadas del enemigo, ha dado una fisonomía totalmente distinta a la propia naturaleza de la guerra. La Era del Aire ha asistido a la desaparición de las barreras tradicionales que significaban antiguamente las montañas, los océanos y las distancias, sobre cuyas bases fundamentaban durante tantos siglos las naciones su respectiva seguridad. Los centros vitales de todas las naciones han pasado hoy día a ser puntos vulnerables ante el ataque del Arma Aérea. Es precisamente esta vulnerabilidad y la posibilidad de que goza el Arma Aérea de transportar sus armas de destrucción masiva con una rapidez de relámpago lo que ha ejercido una influencia más decisiva sobre la guerra y sobre la preparación de la guerra. Algunos arguyen que la guerra futura sólo podrá durar unas horas, unos días, o, como máximo, unas semanas. Pero sin analizar si tienen razón o no, la deducción está clara: el factor tiempo es de carácter esencial, y cualquier consideración sobre los principios de la guerra deberá encerrar

(1) Charles Andrew Willoughby: "La maniobra en la guerra" (Servicio Militar, 1939); página 32.

(2) Conrad H. Lanza: "Napoleón y la guerra moderna"; pág 155.

obligadamente el estudio de su aplicación para la preparación de la guerra y para su orientación. Tal preparación y orientación recibe el nombre de Estrategia; mientras que el desarrollo de las operaciones específicas de cada situación se llama Táctica. Combinados ambos factores, representan toda la posibilidad de amplitud y alcance de la aplicación de los principios de la guerra.

Después de haber analizado brevemente la influencia del Arma Aérea sobre la guerra, podemos analizar ahora uno por uno los principios actualmente aceptados de la guerra al objeto de acatarlos, modificarlos o rechazarlos. El objeto de este estudio es más bien un examen objetivo de la influencia del Arma Aérea sobre los principios de la guerra y no la elaboración de tales principios nuevos.

El principio del "objetivo", o como han dicho los ingleses, el mantenimiento de la finalidad, se explica en gran parte por su propia denominación. Es el fin hacia el que se dirige cualquier empresa. El objetivo en cualquier guerra, es inducir al enemigo al convencimiento de que toda ulterior resistencia acarreará unos males mucho mayores que los de la rendición. El planteo y la dirección de la guerra y del esfuerzo inherente a la misma, deberán, pues, emprenderse a la vista de esta finalidad definitiva y última.

Es precisamente con respecto al objetivo y a los medios de alcanzarlo donde la Fuerza Aérea ha ejercido una influencia más revolucionaria. Históricamente, el objetivo primordial de las operaciones militares ha sido siempre la derrota de las fuerzas armadas del enemigo en la batalla. Clausewitz dijo: "La guerra tiene tres fines principales: a), conquistar y destruir el potencial armado del enemigo; b), entrar en posesión de su material y demás fuentes de fuerza; y c), ganar a la opinión pública. Para alcanzar el primer objetivo, deberemos siempre encaminar nuestra operación principal contra el órgano fundamental del Ejército enemigo, o, por lo menos, contra la porción más importante de sus fuerzas, ya que sólo después de derrotar a éstas podemos perseguir con posibilidad de éxito las otras dos finalidades." Un siglo después, el Departamento de Guerra de los

Estados Unidos corroboraba esta doctrina cuando en la revisión realizada en 1923 el Reglamento de Servicio de Campaña del Ejército de los Estados Unidos afirma: "El objetivo final y definitivo de todas las operaciones es la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo en la batalla. La derrota decisiva en el combate destruye la voluntad de resistencia del adversario y le obliga a pedir la paz."

Clausewitz tenía razón, probablemente, en su época; pero el punto de vista del Departamento de Guerra en nuestra Era careció del reconocimiento debido al potencial del Arma Aérea. Esto se reconoció, sin embargo, en cierto modo en 1945, al producirse la rendición del Japón, con todos los elementos principales de su Ejército casi intactos. "El reconocimiento público de la derrota por parte de los dirigentes japoneses responsables, que constituía el objetivo político de la ofensiva de los Estados Unidos iniciada en 1943, quedó, por tanto, garantizado antes de la invasión y cuando el Japón contaba todavía con unos dos millones de individuos en filas y más de 9.000 aviones en las islas metropolitanas. Las derrotas militares en tierra, mar y aire; la destrucción de su flota de guerra por nuestros submarinos y nuestros aviones y el ataque directo sobre el Japón con bombas normales y atómicas, son otros tantos factores que han colaborado para nuestro éxito... Sin embargo, es evidente que incluso sin los ataques de bombardeo atómico nuestra supremacía aérea sobre el Japón hubiera ejercido de todos modos, la presión suficiente para inducirle a una rendición incondicional y evitarnos la necesidad de la invasión" (1).

Del párrafo que antecede se deduce claramente que este sistema de aplicar los medios necesarios para conseguir el objetivo son eminentemente revolucionarios. El dominio del espacio aéreo permite nada menos que la destrucción de aquellas ciudades, industrias u otros objetivos de cualquier índole que hayan sido elegidos para el ataque. La estrategia, por consiguiente, debe proyectarse hacia un fin más lejano que el de llevar el curso de la guerra a una resolución favorable. Ha de tener en

(1) Informe del bombardeo estratégico. Estados Unidos. Resumen (Guerra del Pacífico).

cuenta los efectos que en la postguerra ha de tener tal destrucción si se quiere evitar el caos. La selección de estos objetivos deja abierto un campo tan vasto y vital, que constituye una oportunidad de estudio y un problema, tanto para el elemento militar como para el civil. Exige el mejor criterio que pueda aplicarse al problema en lo relativo al aspecto industrial, económico, político, humanitario y hasta ético.

Los aviadores han abogado durante años por la consecución de la superioridad aérea como el objetivo primero o inicial del Arma Aérea. Con la aparición de la bomba atómica y otras armas mortíferas transportables por el aire, el grado en que se domine el espacio aéreo adquiere un interés vital. Es hoy perfectamente concebible el que unos pocos aeroplanos o proyectiles dirigidos puedan asestar un golpe mortal a un enemigo sin necesidad de haber conseguido antes la superioridad aérea, tal como hoy la definimos. Este factor ha de tenerse en cuenta, tanto desde el punto de vista defensivo como desde el ofensivo, en la preparación y dirección de la guerra.

La importancia del objetivo y la influencia del Arma Aérea en su elección queda claramente evidenciada. No es el principio del objetivo lo que exige modificación; es el criterio o la manera de pensar en relación con la aplicación inteligente del principio lo que exige la mayor atención.

El principio de la "ofensiva" nos enseña que únicamente por la acción ofensiva puede ganarse una victoria. Si bien es cierto que no todas las ofensivas dan por resultado la consecución de la victoria, lo cierto es que la acción defensiva, exclusivamente, jamás podrá alcanzarla. Solamente a través de la ofensiva es posible conservar la iniciativa y explotar en beneficio propio la sorpresa.

Cualquier nación, obligada históricamente a una política militar de paz y de defensa, ha de reconocer hoy día los graves peligros que entraña tal política en la era del aire. Debe aceptar el hecho de que la defensa completa contra el ataque aéreo no puede garantizarse sin un gasto razonable de sus recursos. Cualquier nación debe y puede darse cuenta de los posibles efectos de la penetración de sus defensas por parte de las nuevas armas aéreas de destrucción masiva.

La Batalla de Inglaterra quedará registrada como una de las operaciones defensivas más brillantes de la Historia, a pesar de lo cual no dió por resultado la victoria. Hizo ganar tiempo para la preparación de una ofensiva. Si los aeroplanos alemanes que lograron penetrar en nuestras defensas hubieran ido armados con las destructoras armas con que hoy contamos, el resultado hubiera sido totalmente diferente.

El informe del Bombardeo Estratégico de los Estados Unidos explica: "La amenaza de una represalia inmediata con una fuerza de ataque propia detendrá la acción de cualquier posible agresor antes de atacar." Esto es indiscutiblemente una buena seguridad y garantía; pero no deberá interpretarse como significativo de que hemos de absorber primero el ataque. Indudablemente, el primer golpe puede ser el decisivo. En el caso de que la guerra fuera inminente e inevitable, deberá examinarse seriamente las posibilidades que tenemos de dar el primer golpe en lugar de contestar con una represalia. El no conseguir tener en esta fase la iniciativa puede significar el no poder recuperarla nunca.

El avión militar es un arma ofensiva. No opera en posición de defensa. Incluso en operaciones típicamente defensivas, actúa ofensivamente, llevando contra el enemigo su potencia de fuego y asumiendo, por tanto, el principio de la ofensiva. La influencia de la Fuerza Aérea, por consiguiente, viene a reforzar este principio.

El principio de la "masa" es el que ha logrado sobrevivir a toda la historia militar. Sun-Tsu, de manera sencilla y muy exacta, definió perfectamente el concepto al decir: "Si podemos así atacar a una fuerza inferior con una superior, nuestros adversarios se encontrarán en una situación terrible."

Napoleón aplicó y demostró esos principios de la manera más efectiva, ampliándolos hasta incluir en ellos el factor tiempo, considerado vital hoy día para el éxito de las operaciones aéreas. En efecto, dijo: "La potencia de un Ejército, igual que el factor fuerza en mecánica, es el producto de multiplicar la masa por la velocidad..."

Hasta 1943 este principio había sido constantemente vulnerado por el Ejército res-

pecto al elemento aéreo. Antes de esa fecha la Aviación había sido fragmentada, sometiéndola a un mando descentralizado. En África del Norte, y cuando la Aviación tenía a su cargo una labor de primordial importancia básica, fué cuando el General Eisenhower puso a todas las unidades aéreas bajo un solo Mando del Aire. Con este Mando unificado se hizo al fin posible aplicar el principio de la masa.

El factor tiempo se ha convertido hoy en una condición vital para lograr el factor masa. Debe tenerse en cuenta a este respecto las posibilidades de cualquier nación para rehacerse de los ataques parciales y fragmentarios, puesto que los efectos de esta clase de ataques no suelen ser siempre decisivos o completos. El empleo de las armas "V" por los alemanes y de los "kamikazé" por el Japón hubieran sido, sin duda, mucho más decisivos si se les hubiera concentrado en cuanto al tiempo.

La cantidad y el tiempo no son, sin embargo, los únicos elementos necesarios en la actualidad para conseguir el principio de la masa. La calidad influye también como uno de los principales factores que hay que tener en cuenta. La superioridad técnica—más hoy que en ninguna otra época del pasado—puede lograr más que la cantidad. La superioridad en cuanto a la calidad del personal y de aparatos en la guerra pasada permitió a nuestras Fuerzas Aéreas una ventaja en el combate sobre el enemigo, muy superior proporcionalmente al número de fuerzas empleadas. Este factor quedó demostrado, quizá de una manera mucho más convincente, por el lanzamiento de una bomba atómica desde un solo aeroplano. Si viviera hoy, es muy probable que el General Forrest agregara a su famosa frase "... y lo mejor de lo mejor".

El Arma Aérea ha venido a demostrar de manera convincente los factores aplicables a este principio, si bien la palabra "masa" no resulta totalmente exacta y adecuada al momento presente. Un término más apropiado y descriptivo en la actualidad sería "la concentración del potencial combativo", o dicho más brevemente, la "concentración".

La "economía de fuerzas" es un principio directamente relacionado con el de la concentración y viene a reforzar este principio. Nos enseña que el intentar ser fuer-

tes en todos los puntos a la vez puede ocasionar una falta de la fuerza suficiente y necesaria en el momento y lugar decisivo. El principio reconoce que las diversiones de esfuerzos fuera del objetivo más importante pueden hacer fracasar esta finalidad principal.

En párrafos anteriores del presente artículo hemos dicho que los principios de la guerra son aplicables a la preparación de la guerra, así como a su dirección y desarrollo durante la misma. La preparación para la guerra ha sido siempre una empresa costosa; pero el Arma Aérea ha dado paso en nuestros días a la llamada "guerra total". La preparación y dirección de esta clase de guerra puede gravar los recursos de una nación más allá de toda posibilidad de recuperación. La economía de estos recursos es hoy día un deber imperioso en la organización de las fuerzas armadas. El equilibrio proporcionado de estas fuerzas no puede seguir basándose por más tiempo en la tradición ni puede estar influido indebidamente por intereses de clase. Es necesaria una valoración realista y objetiva para mantener este equilibrio y proporcionalidad dentro de unos límites aceptables.

Es comúnmente aceptado el hecho de que la superioridad aérea es un requisito previo indispensable para la victoria en el combate terrestre. La Comisión Presidencial de Política Aérea llegó más allá todavía en la teoría de la Fuerza Aérea. Esta Comisión opina que la Fuerza Aérea es esencial para poder sobrevivir en la Era del Aire, habiéndose convertido actualmente en la primera línea de defensa. La necesidad de una debida prioridad en la distribución de los recursos resulta claramente evidente si la nación quiere reconocer el principio de la economía. El emprender la constitución de la más fuerte y potente de todas las Marinas, de la mejor Arma Aérea y del Ejército más poderoso, todo a la vez, puede llevar a resultados desastrosos.

El principio de la economía de fuerzas, o bien el término más amplio y más generalmente aplicable de "economía de esfuerzos", queda consolidado y sustanciado por el advenimiento de la Fuerza Aérea. Por el aire pueden lanzarse contra el enemigo unos golpes decisivos, con la consiguiente conser-

vacación del factor humano, de recursos y de tiempo.

El principio del "movimiento" queda sintetizado perfectamente en el aeroplano. La posibilidad de que una Fuerza Aérea pueda reunirse desde bases dispersas y atacar rápidamente hasta el límite de su radio de acción en la dirección que sea necesaria, hace que el arma sea la más móvil de todas las fuerzas armadas. Su movilidad queda asegurada por bases adecuadas y una organización del Mando, que le permite traspasar cualquier límite geográfico o artificial.

La influencia del Arma Aérea en la movilidad de las fuerzas de superficie es también sumamente significativa. Con una fuerte y decidida oposición aérea, el movimiento en la superficie se hace para el enemigo excesivamente difícil o prohibitivamente costoso. Esto quedó plenamente demostrado en la segunda guerra mundial, en la que el Ejército alemán se vio obligado a realizar todos los movimientos de alguna importancia bajo la protección de la oscuridad. La más grande de todas las operaciones anfibia—la invasión de Normandía—demostró de un modo terminante el grado de libertad de movimientos que hace factible la supremacía aérea.

El principio de la "sorpresa" puede ser explotado por el Arma Aérea con los efectos más mortíferos para el adversario. El empleo de armas nuevas o de nuevos sistemas de utilización de las armas conocidas puede dar resultados magníficos. La sorpresa ha sido considerada, de siempre, como uno de los factores más importantes de la guerra; pero hoy día las armas aéreas permiten unos medios nuevos y múltiples para lograrla. Los proyectiles supersónicos del tipo "V-2", que han desafiado en tan alto grado a la interceptación o a las contramedidas más eficaces, cuando se les lanza desde puntos no localizados por el enemigo, constituyen en la actualidad un medio de lograr una sorpresa casi total. Los posibles sistemas de lucha contra estas terribles armas son hoy la preocupación de todas las naciones.

El principio de la "seguridad" abarca todas las medidas que se adopten para ponerse a cubierto de la sorpresa y para evitar

la irrupción enemiga. Desde el punto de vista de la acción aérea, este principio implicaría toda la defensa aérea activa o pasiva; pero el verdadero efecto del Arma Aérea respecto a la seguridad de los Estados Unidos tiene una derivación mucho más amplia. Como es sabido, la Aviación puede hoy día atravesar las barreras conocidas y clásicas de los océanos, montañas y distancias sobre las que hasta ahora descansaba la confianza en la seguridad de un Estado. Ahora, desde el punto de vista de la acción de superficie, ha surgido un nuevo elemento de vulnerabilidad. Ya no podrán cubrirse únicamente de aquí en adelante los flancos derecho e izquierdo; es preciso asegurar en el futuro un tercer flanco: el vertical.

El principio tradicional de "simplificación", aunque descrito como un término relativo, es inaceptable en la era del Aire. Si bien es conveniente evitar toda complejidad innecesaria, no es posible explotar el factor calidad hasta un grado satisfactorio si se hace de la simplificación la influencia predominante sobre todas las demás.

Las armas de la guerra actual son máquinas intrínsecamente complicadas, cuyo empleo efectivo exige una excelente capacitación y entrenamiento. Además, el éxito de las operaciones emprendidas necesita del máximo esfuerzo en la preparación, coordinación y ejecución. En el fútbol, por ejemplo, no se puede contar con un plan directo y simple para el éxito cuando enfrente hay un adversario alerta. Los campeones actuales confían mucho en la decepción y engaño del enemigo y en unos planes de desarrollo del juego complicados, pero bien cronometrados. Como es natural, estas complejas medidas exigen un alto grado de labor de planteo, entrenamiento y práctica; pero no puede obtenerse un resultado completo del esfuerzo militar a menos que se utilicen a pleno rendimiento las posibilidades técnicas de las armas y la capacidad mental de los hombres que las emplean.

El principio de la "cooperación" implica una combinación voluntaria de varios esfuerzos encaminados hacia un objetivo común y es de carácter esencial en la guerra. La cooperación deja un amplio margen a la suerte, y depende en gran parte de las personas. La organización bélica en el teatro de operaciones del Pacífico durante la se-

gunda guerra mundial última se basó en la cooperación y dió resultados diversos. El ejemplo más relevante de su fracaso fué ampliamente difundido como resultado del ataque contra Pearl Harbour.

Podíamos citar numerosos ejemplos para ilustrar la falacia de confiar totalmente en la cooperación para conseguir una unificación de esfuerzos. Con ellos demostraríamos que las operaciones militares tienen demasiada importancia para poder confiarlas al azar. Las operaciones que impliquen acciones de superficie, submarinas y aéreas, exigen algo más que la simple cooperación: requieren una coordinación de los mandos en el esfuerzo. El principio del Mando Unificado, con arreglo a la reciente disposición de unificación de las fuerzas armadas, proporcionará los medios de garantizar esta coordinación.

De los nueve principios básicos de la guerra examinados hasta aquí en relación con la influencia del Arma Aérea, ocho han sobrevivido sin apenas modificaciones. Son éstos el del objetivo, la ofensiva, la concentración, la economía de esfuerzos, el movimiento, la sorpresa, la seguridad y la coordinación. Por el contrario, la simplicidad ha de rechazarse por ser inaceptable como auténtico principio de guerra en la era del Aire.

Se ha afirmado algunas veces que la superioridad aérea es uno de los principios básicos de la guerra. Si bien hay que convenir, en términos generales, que la superioridad aérea constituye un requisito previo indispensable para el éxito de las operaciones de tierra, el afirmar que es un principio de guerra equivaldría a decir que la batalla ha de ganarse antes de que comience. El Mariscal Montgomery, en sus notas sobre el 'Alto Mando en la guerra, hace figurar la superioridad aérea como principio, sólo a efectos de la acción terrestre: "El principio básico y primero es que es preciso ganar la batalla aérea antes de lanzarse a la batalla terrestre o marítima. Si esto no se hace, las operaciones de tierra se desarrollarán con una desventaja considerable."

En el mismo folleto el Mariscal Montgomery anticipa lo que debe ser la administración y la moral como principios de la guerra. Hablando de la moral, dice: "La

moral es el factor aislado más importante en la guerra." Al examinar el principio de la administración considera detenidamente la importancia de "las necesidades logísticas" para el mantenimiento de la potencia combativa.

Otros factores importantes, tales como la decisión, la disciplina y las cualidades de mando podrían ser incluidos en la lista y defendidos como principios básicos de la guerra; pero de hecho sólo sirven para robustecer la conclusión de que falta algo en los ocho principios anteriormente anotados. Les falta el tener en cuenta—en grado suficiente—la importancia de la voluntad nacional, la necesidad de una total y enérgica movilización de la ciencia y de la industria y el efecto de algunos factores, como la disciplina, la moral y el mando, sobre la vitalidad de una nación o sus fuerzas armadas. No se expresa debidamente la relación cada vez más estrecha entre el elemento civil y el militar. Tampoco se reconoce suficientemente la importancia del potencial nacional en una era de guerra total como la presente. Se menosprecia también la importancia de la debida conservación y mantenimiento de las fuerzas en combate. En resumen, todos estos factores incrementan la posibilidad de mantener la fuerza o la capacidad para apoyar y reforzar los principios de guerra que hemos analizado anteriormente. Por consiguiente, hay que agregar "el principio de la capacidad" a los ocho principios básicos que resumíamos antes, con lo que su número total queda elevado otra vez a nueve, tras haber suprimido uno.

Conviene observar que los principios que siguen en vigencia no difieren en un grado asombroso de los planteados previamente. Ello ratifica la teoría según la cual los verdaderos principios poseen un grado muy considerable de permanencia; pero que, sin embargo, han de estar sujetos a un análisis constante y objetivo, hecho a la luz de los nuevos conocimientos técnicos. El Arma Aérea ejerce su influencia predominante en la forma de aplicación práctica de los principios de la guerra, más bien que en su mera definición. Interpretados adecuadamente y puestos en práctica con amplitud, constituyen una base aceptable, tanto para la preparación como para la ejecución y desarrollo de la guerra.